

DAVID LODGE, *El arte de la ficción*, traducción de Laura Freixas, Barcelona, Península, 1998, 340 págs.

David Lodge, crítico y novelista inglés, acaba de publicar *El arte de la ficción*, libro en el que recoge los artículos de teoría literaria difundidos en 1991 a través del suplemento cultural del diario británico *The Independent*. Bien conocido en España, gracias a sus novelas, entre las que destacan *Intercambios*, *El mundo es un pañuelo* y *Terapia*, fue también profesor universitario, y ha desarrollado una considerable carrera investigadora, como lo demuestran sus trabajos sobre el Estructuralismo y acerca de los modelos de la narrativa moderna. Asimismo, realizó la edición crítica del libro de George Eliot, *Scenes of clerical life*, para la prestigiosa editorial inglesa Penguin en 1985.

En cuanto al libro ante el que nos hallamos, publicado originalmente en 1992, responde a la propuesta del director literario del *Independent* de realizar una serie de glosas acerca de un único tema: la crítica literaria. Una vez que aceptó el proyecto, el título no deja lugar a dudas; a imitación del *Arte poética* de Horacio (rótulo bajo el cual el poeta James Fenton publicó en el mismo medio sus reflexiones acerca de la poesía), Lodge intentará dar una visión de lo que es la narrativa y los medios y elementos que le son propios. Pero, quizá, dándose cuenta de la magnitud de la empresa, se encarga de recalcar en el Prefacio a su obra que “este es un libro para gente que prefiere tomar la crítica literaria en pequeñas dosis (...) un libro que no intenta decir la última palabra en ninguno de los temas que aborda” (p. 14), evitando, así, malentendidos. El propósito divulgativo-didáctico queda, de este modo, patente.

Nos encontramos ante un manual de bolsillo, compuesto por 50 pequeños capítulos en los que el autor intenta desentrañar la complejidad de la obra novelística. Hay un afán clasificatorio, y se quiere, de un modo simple a la vez que justo, que el lector “hojee y ojee” el libro, de modo que le pueda sugerir “nuevas posibilidades de lectura o (...) incluso de escritura” (p. 14). Y he aquí la paradoja: un libro de enseñanza, sí, que quiere abrir nuevos caminos, pero un libro no científico; un libro compuesto por fragmentos, por destellos de intuición, pero referidos a un género que él mismo define como *gestalt*, como conjunto que escapa a una definición que se quede en la suma de sus partes.

A este respecto, la explicación parece clara. El autor, a pesar de la necesaria precariedad que se impone a todo texto periódico, optó por reunir los artículos en un bloque homogéneo. David Lodge se sitúa en la larga tradición de escritores dedicados a labores teóricas y de reflexión literarias. Así, las aportaciones en nuestro siglo de, por ejemplo, E.M. Forster, T.S. Eliot o, actualmente, Milan Kundera, han sido, y son, básicas en cuanto a lo que se refiere a la crítica literaria. Baste recordar la importante división de los personajes que hace el primero (*flat/round*) o la introducción del concepto de “correlato objetivo” por parte de Eliot, que cambió el enfoque de la interpretación poética. Teniendo esto en cuenta, el intento de Lodge es encomiable, ya que, sin el academicismo

propio de la retórica literaria(que, a veces, convierte en elipse lo que debería ser definición puntual), logra compendiar los conceptos básicos de la novela. La aparente superficialidad que desprenden los ensayos sólo se debe a su destinatario: los lectores de un periódico que no necesariamente son expertos en literatura. En definitiva, Lodge no hace más que respetar el axioma básico del periodismo: la divulgación exige comprensión.

En cualquier caso, existen algunas objeciones que debemos hacer. En primer lugar, el autor se centra en el análisis de los textos propuestos, que, en ocasiones, no son lo suficientemente claros, cayendo a veces en la mera paráfrasis(aunque, para ser justos, son mucho más abundantes los momentos en los que su intuición creativa nos sorprende e ilumina). Por otra parte, salta a la vista que muchos de los temas que trata son prescindibles, y la única función que cumplen en la obra es la de relleno (¿es tan importante el teléfono en una novela como para dedicarle un epígrafe entero?). Hay que tener en cuenta que una columna semanal obliga a buscar material donde a veces no existe. Asimismo, sería deseable mayor precisión en el uso de los términos; del mismo modo, debería diferenciar otros, como "novela histórica" y "novela periodística", o "monólogo interior", "flujo de conciencia" y "estilos libres". Finalmente, creo que hay cuestiones que se merecen un trato más relevante; es el caso de la perspectiva y de los personajes, ya que su importancia en la narración es obvia. Además, no habría estado de más distinguir conceptos claves como focalización y voz, así como habría sido deseable que el autor profundizara en los temas relativos a la temporalidad de la narración

No obstante, y a pesar de todo lo dicho, esta obra tiene un gran mérito. El autor refleja su amor por la literatura, queriendo indudablemente incitar a la lectura, finalidad a todas luces encomiable. Una ración semanal de teoría literaria, por medio de pequeñas dosis, no es perjudicial para todo aficionado a las novelas, sino que ayudará a comprender mejor ese "género literario, el más variado y placentero de todos" (p. 14). Por otra parte, y teniendo presente la limitación que se ha impuesto Lodge en cuanto a los objetivos y al alcance de su obra, hay fragmentos que alcanzan la precisión explicativa deseada en un principio. Así, los correspondientes al "monólogo interior" y a la "aporía", sobre todo, en los que se consigue, con brevedad y rigor, explicar dos de las cuestiones que más quebraderos de cabeza ha provocado entre los estudiosos de la literatura, de un modo conciso y preciso. De cualquier modo, la misma presentación de los textos, en la que, tras un fragmento novelístico, se introduce la explicación pertinente, excita al lector a buscar los textos mencionados y a leerlos, lo cual parece ya un gran logro.

En definitiva, podemos concluir que se trata de un libro agradable y ameno, bastante útil y lo suficientemente completo, siempre que no olvidemos que estamos ante una obra que pretende difundir unos conceptos, y no ante un tratado científico de crítica literaria. Respecto a esto, los editores deberían cuidar algo más el lenguaje utilizado en las contraportadas, erróneo y que induce a creer al

comprador que se encuentra ante un libro imprescindible para esos "científicos" de la literatura, lo cual puede hacer que se arrepienta de su interés, dando así al traste con la verdadera finalidad del volumen: la divulgación literaria.

Héctor Ibáñez Bartolomé

CARLOS GARCÍA, *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, ed. de Victoriano Roncero López, Pamplona, Ediciones de la Universidad de Navarra (EUNSA), 1998, 2ªed., 174 págs.

La edición de Victoriano Roncero de *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, de Carlos García, es una contribución importante al estudio de la novela en el siglo XVII, más concretamente de la novela picaresca, por cuanto actualiza y presenta un libro generalmente olvidado y poco estudiado. Victoriano Roncero realiza un breve esbozo biográfico en el que da cuenta de algunos de los problemas que sobre el autor, su vida y su obra se han ido presentando en la labor de la crítica. En una segunda parte de su estudio desarrolla aquellos aspectos que considera de mayor importancia en la novela: una revisión crítica del paradigma incluido dentro del género picaresco, y de las características que considera necesarias para que una obra como *La desordenada codicia* pueda ser incluida dentro de éste. A su vez, ofrece una sucinta revisión bibliográfica de los estudios sobre la picaresca y los dedicados, específicamente, a Carlos García. La mayor parte de esos estudios (F. Rico, Ch. Aubrun, y otros) consideran esta novela fuera del paradigma del género. La califican de "narración con pícaro".

V. Roncero, desde la perspectiva abierta por Fernando Lázaro Carreter, analiza los rasgos esenciales y otros factores propios del género aplicados a la novela de Carlos García: autobiografismo, linaje miserable y determinismo social, concepto pesimista del mundo, presencia de un narratario que justifica la emisión del discurso¹. De sus comentarios se desprende la consideración de la novela como plenamente picaresca, a pesar de múltiples factores que subvierten las características del género, renovando aspectos o buscando una diferenciación implícita con otras novelas del género. Así, el autobiografismo está dividido entre las dos voces del texto: el narrador-narratario y el pícaro Andrés. El papel de ese narratario está más desarrollado que en otras novelas del género —es per-

¹ Lázaro Carreter ("Para una revisión del concepto 'novela picaresca'", en *Lazarillo de Tormes en la Picaresca*, Ariel, Barcelona, 1972) establece unos "rasgos esenciales" para la adscripción de una novela al género picaresco:

a) La autobiografía de un desventurado sin escrúpulos, narrada como una sucesión de peripecias.

b) La articulación de la autobiografía mediante el servicio del protagonista a varios amos, como pretexto para la crítica.

c) El relato como explicación de un estado final de deshonor.